

Él dormía sin sueños, ella soñaba despierta

DESPIERTA,

Amor

Alix Rubio



kamadeva

Alix Rubio
DESPIERTA, AMOR

DESPIERTA,
amor
Alix Rubio



kamadeva

© Alix Rubio
© Kamadeva Editorial, junio 2022

ISBN papel: 979-88-351841-5-6
ISBN ePub: 978-84-124240-5-8

www.kamadevaeditorial.com

Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
Tel: 912904490
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Yael y Mary

Índice

[.1.](#)

[.2.](#)

[.3.](#)

[.4.](#)

[.5.](#)

[.6.](#)

[.7.](#)

[.8.](#)

[.9.](#)

[.10.](#)

[.11.](#)

[.12.](#)

[.13.](#)

[.14.](#)

[Sobre Alix Rubio](#)

[Sobre el sello romántico Kamadeva](#)

—¡Petu! Sal, por favor, quiero hablar contigo.

Era la voz de su padre. La chica, una adolescente muy alta, rubia y de ojos verdes, continuó escribiendo en su diario como si no le hubiera oído. Tenía apenas quince años y solo entendía que su padre se marchaba. El divorcio había llamado a las puertas de su casa. No estaba dispuesta a escuchar ni excusas ni explicaciones. Las lágrimas, gritos, portazos y tensiones habían culminado ante el juez. Le preguntaron con quién quería quedarse, respondió que con su madre. No quería. No quería vivir con ninguno de los dos, ambos la habían traicionado. No estaba dispuesta a perdonar ni al padre que se iba ni a la madre que le dejaba irse. Pero era una niña que únicamente podía elegir con quién pasar el resto de su minoría de edad. Solo le quedaban tres años. Paciencia.

—¿Y qué esperabas? —la voz de la madre se convirtió en un grito de rabia —. ¿Que saliera a darte un abrazo?

A Petu le entraron ganas de abrir la puerta y mandarlos al infierno a los dos, pero se contuvo. Que la dejaran en paz era lo único que quería. Escuchó los pasos precipitados y el ruido de la puerta.

—Petu, hija, ya puedes salir. Ya se ha marchado.

No contestó. Si su madre esperaba que eso la iba hacer salir o aparentar lo que no sentía, es que aún no la conocía. Continuó escribiendo, tejiendo historias basadas en sí misma y en su concepción del mundo; un mundo que se había desmoronado bajo sus pies.

Cuando comenzó el bachillerato ya sabía lo que quería: ser escritora y vivir de aquella profesión. Su madre puso el grito en el cielo. Su padre, al que solo veía por obligación, estuvo de acuerdo por una vez con su exmujer. Pese a ellos, se decidió a enseñarle sus trabajos a su profesora de Literatura, que leyó paciente y atentamente las hojas que le pasaba.

—Bien, tienes cierto talento para la escritura, pero ser escritora es muy complicado, Petu. Hay montones de escritores aficionados y pocas editoriales dispuestas a apostar por desconocidos. Tendrás que buscar un trabajo para vivir, lo primero es ganarse los garbanzos, porque de la sopa boba y de las musas no vive nadie aparte de los Premios Nobel. Haz algo de

provecho y no pienses tanto en las musarañas. Prepárate unas oposiciones, si las apruebas ya no tendrás que preocuparte más.

Todos le dijeron lo mismo: «prepara oposiciones a lo que sea; y luego, si te divierte escribir, pues escribes, pero con el futuro asegurado. De cada mil escritores le va bien a uno». Nadie creía en ella ni creían que fuera capaz de lograrlo. Se desanimó y eso terminó influyendo en sus estudios. No sabía qué carrera escoger. Terminó estudiando publicidad, que le gustaba bastante. Se preparó oposiciones que, tras varios intentos, no logró aprobar. Encontró trabajo en una empresa, aunque se encontró con que el sueldo no era tan estupendo como le habían augurado, después de un tiempo cambió de trabajo. Ella quería un horario que le dejara las tardes libres, muy difícil no siendo funcionaria. Escribía durante sus momentos libres, en casa, y amontonaba cuadernos por todas partes y ficheros en su ordenador.

Sus padres mantenían una relación muy complicada, cuajada de reproches. Se hablaban solo por su hija y a gritos. El padre se volvió a casar y tenía dos hijos más. La madre se quedó no solo con la custodia de Petu, sino con la casa familiar. Él pagaba la pensión puntualmente. Petu no quería pasar las vacaciones con la nueva familia y se le hacían cuesta arriba los fines de semana obligatorios. No soportaba a la segunda esposa ni a sus hermanos, pese a que no hacían nada en su contra. Quería recuperar a su padre, su vida de antes, lo que había perdido. Gritaba su dolor y su impotencia en el papel. Reprochaba a su madre que no hubiera luchado por su matrimonio, por el hombre que decía amar, por el bien de su hija. En cuanto encontró trabajo se fue de casa, compartiendo pisos hasta que la herencia de su abuelo le permitió tener casa propia.

Conoció a Hans en una cervecería alemana. Era guapo y con un sentido del humor muy peculiar. Hablaba un español espantoso y ella no sabía una palabra de alemán, solo inglés, que había aprendido en la Escuela de Idiomas y que él también dominaba. Se gustaron. En el tercer encuentro accedió a ir a su casa. Hans compartía piso con dos chicos y una chica del programa Erasmus, que los fines de semana desaparecían. El piso, reformado, se encontraba en el barrio histórico y no estaba desastrado como se había temido, sino limpio y ordenado. Cada uno tenía su dormitorio y contaba con dos baños, uno de ellos solo para la chica.

—Lo pasamos bien los cuatro —decía Hans—. Son buena gente, no ponen problemas.

La habitación de Hans tenía una ventana que daba al patio interior. Aunque menos iluminada, era la menos ruidosa. Petu no advirtió desorden ni ropa tirada por el suelo. Él se le acercó y pudo oler su aroma natural, agradable, mezclado con el del gel de ducha de hierbas. Era tan alto como ella e igual de rubio.

—Eres una valquiria —susurró él.

Petu no tenía ninguna experiencia sexual, lo que sorprendió a Hans. Ella se mostró cohibida y nerviosa y él paciente y considerado, aunque algo divertido por la situación. Afortunadamente, Hans sabía lo que hacía, y, lo más importante, pensó Petu, también cómo hacerlo. Resultó un encuentro satisfactorio para ambos, si bien Petu echó de menos algo de romanticismo; pero imposible un toque de romanticismo entre dos personas que acababan de conocerse. A ella Hans le gustaba mucho y durante un tiempo creyó que estaba enamorada de él. Cuando decidieron irse a vivir juntos pensó que tenían un futuro. Al cabo de seis meses ella ya estaba cansada de la rutina. Hans era un buen tipo, no cabía duda; pero maniático, meticuloso y ordenado hasta el extremo. Se habían trasladado al piso de Petu, que era suyo por herencia de su abuelo paterno. Hans se crispó ante el aparente desorden. Había carpetas y papeles encima del sofá y sobre la mesa del café, Petu no siempre metía en el lavavajillas los platos sucios después de cenar, a veces se le olvidaba reciclar la basura. Pequeños detalles que poco a poco los fueron desgastando. Ella se esforzó en mantenerlo todo en su lugar correcto hasta que se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en una esclava de la limpieza en su propia casa, atenta a que Hans no se molestara, a no dejar los grifos abiertos ni las luces encendidas más de lo necesario. Y luego la comida fue otro campo de batalla. Hans era vegano y ecologista y se lo tomaba muy en serio. Petu comenzó a comprar soja, que no le gustaba, en vez de leche; miraba escrupulosamente la composición de cualquier producto; el frigorífico se vació de pescado, huevos, queso. Todo lo que alteraba a Hans desapareció. Petu comenzó a vivir una tiranía alimenticia y de costumbres que la deprimió. Cuando intentaba hablar del asunto, Hans sonreía: «Mi valquiria tiene muy mal genio. Contrólate un poco, amor». Y la gota que hizo rebosar el vaso de su malestar fue cuando Hans le aseguró que desde que gracias a él comía sano, había perdido peso y estaba más guapa, y le sugirió que se apuntara a un gimnasio para mantenerse en forma. Petu sufrió un ataque de rabia silenciosa. Se trataba de una mujer potente de metro ochenta y dos de altura, bien comida, que odiaba las dietas y el

gimnasio, rubia y de ojos verdes. Hans siempre la llamaba valkiria, término que acabó detestando. Su relación fue deteriorándose hasta un punto que terminó con la mochila de Hans delante de la puerta. No sabía cómo decirle que habían terminado porque ya no podía aguantar más, especialmente desde la alusión al gimnasio, de manera que tomó una decisión drástica. Cuando Hans volvió del trabajo aquella tarde se encontró con su mochila en la puerta cerrada, que él comenzó a aporrear mientras la llamaba a gritos al mejor estilo de Pedro Picapiedra. El vecino de al lado, un músico ruso muy callado, abrió su puerta y reconvino a Hans, el cual le replicó con una grosería en alemán a la que el músico respondió en el mismo idioma. Finalmente, el agraviado Hans cogió su mochila y bajó los escalones de cuatro en cuatro, ignorando el ascensor y desfogando su rabia con aquel trote de siete pisos hasta la calle. Fue la última vez que Petu le vio. Comprendió que había estado sosteniendo sobre sus hombros una relación sin cimientos. Se sintió ligera y libre. Bien, la ruptura había sido poco elegante y bastante cinematográfica, pero era la mejor decisión que había tomado en años.

A la mañana siguiente, Petu hizo una compra como en los viejos tiempos, todos los alimentos prohibidos recuperaron su lugar, reaparecieron las carpetas y cuadernos. El glorioso imperio del desorden volvió a prevalecer. Se centró en su trabajo y en la literatura. Escribió más que nunca. En seis meses terminó *Sueño de agosto*. Y comenzó la parte más dura del trabajo: encontrar una editorial que aceptase a una escritora desconocida.

Su recorrido por las editoriales fue toda una odisea. La novela se paseó hasta el infinito ida y vuelta, afortunadamente existía el correo electrónico, que ahorraba la humillación de que le dieran un portazo en la cara al iluso escritor de turno.

—Mamá, esto está resultando agotador —le comentó a su madre por teléfono—. Ya no sé dónde mandar la novela. Unos no aceptan manuscritos no solicitados, otros no contestan a mis correos a menos que sea para sugerirme la autopublicación, y me supone un gasto que no me puedo permitir. Es frustrante, mamá, de verdad.

—Ya te lo dije, ¿te acuerdas? Mira, Petu, más vale que seas realista y reconozcas que estás perdiendo el tiempo. Tienes un trabajo estupendo, un sueldo decente y piso propio. Eso es más de lo que tiene la mayoría. Deja la escritura y no te compliques la vida.

—Dejarlo todo a la primera contrariedad, ¿ese es tu consejo? Joder, mamá, así no me ayudas. Pero bueno, esa ha sido tu filosofía de vida desde que tengo memoria. Nunca luchar por nada.

—Vaya, ¿a qué viene eso, Petu?

—Dejaste que papá se fuera sin mover una pestaña. Yo no haré lo mismo, voy a luchar por lo que creo y amo.

—Dice la que no pudo aguantar a su novio.

A Petu se le cortó la respiración.

—Mamá, eso ha sido un golpe bajo. No estábamos casados ni teníamos hijos y él me estaba desestabilizando. De verdad, no sé por qué te llamo. Eres insufrible.

—Pues no me llames, Petu. Haz lo que quieras. Yo siempre estaré para ti.

—Te dejo porque me atacas los nervios, mamá.

Siempre era así. Petu respiró fuerte y se preparó un café. Había sido un día agotador en el trabajo y su madre lo había empeorado. Se sentó ante el ordenador y miró los correos. Parpadeó varias veces, la Editorial Jardín le pedía su manuscrito para leerlo y valorarlo. Si les gustaba, ofrecían edición tradicional, los autores no tenían que desembolsar un céntimo y además ellos se encargaban de la publicidad. Sin pensarlo dos veces les envió la novela.

Dos meses más tarde la Editorial Jardín se puso en contacto con ella. La editora en persona la telefoneó y concertaron una cita en su despacho. Petu pidió permiso en el trabajo alegando un asunto urgente. No se atrevió a mentir inventándose una enfermedad de su madre, pero tampoco se vio con ánimos de contar la verdad. Su jefe puso muy mala cara, iban hasta arriba de trabajo.

—Trabajaré horas extras desde casa hasta completar la jornada laboral, señor Ibañez.

—De acuerdo, Petu. Me fío de usted. Haga eso tan urgente y procure que no se repita.

Petu le dio las gracias y se concentró en el trabajo. El día de la entrevista se levantó temprano, desayunó y se sentó ante el armario abierto. Ya había decidido qué ponerse, pero le entraron dudas. No tenía mucha ropa y prefería los tejidos lisos de un solo color. Se decidió por un vestido verde que hacía juego con sus ojos, ni corto ni largo, el clásico hasta la rodilla, de manga larga, y zapatos cerrados negros bajos. Nunca se ponía tacones para no verse excesivamente alta, su estatura ya la hacía sobresalir por encima

del resto. Se peinó dejando su rubia melena suelta. Sin más adornos que un par de pendientes de oro muy pequeños, dos bolitas como las que llevaban las niñas. Dudó entre maquillarse o no, decidiéndose por un perfilado de los ojos en verde y un toque claro en los labios. Se puso el abrigo negro y se miró en el espejo. Se vio grande, como de costumbre, pero eso no tenía remedio. Pidió un taxi y bajó a la calle.

La Editorial Jardín se encontraba ubicada en el tercer piso de un edificio nuevo de oficinas. La recibió una secretaria muy bien vestida y dinámica y la anunció antes de hacerla pasar al despacho de la editora. Petu se sorprendió al verla. Casi había esperado una señora de cabellos blancos a lo Miss Marple sentada en un pesado sillón ante una mesa anticuada rodeada de anaqueles de madera rebosando de libros, mesitas auxiliares con jarrones de flores y orejeros adornados con pañitos de *crochet*. Esa era más o menos la idea que se había hecho de una editorial romántica. Estuvo a punto de echarse a reír. El despacho de Elena Montes era ultramoderno, decorado por una firma de moda, y la misma Elena Montes se adaptaba a la decoración. Una espléndida mujer de unos cincuenta años con el pelo negro hasta los hombros, ojos grandes y oscuros tras unas gafas de marca muy caras, vestida con un desenfadado y elegante conjunto de pantalón gris con blusa de seda blanca. Un anillo de diamantes y una alianza de boda en su mano derecha, sin pendientes ni collares. Maquillaje discreto. Se levantó y le tendió la mano.

—Bienvenida, Petu. Por favor, siéntese. ¿Puedo tutearla? Estupendo. ¿Te apetece un café?

Hizo una llamada y al poco la secretaria apareció con un juego de café de plata y dos tazas de porcelana inglesa.

—Me encantan estos detalles. No soporto los vasos de plástico. Y bien, vamos a hablar de tu novela. Me ha gustado muchísimo, tiene mucha fuerza. Cuéntame cómo surgió la idea, qué te inspiró. Los personajes parecen absolutamente reales.

—Pues verás, Elena, lo cierto es que los personajes son reales, al menos los principales. Claire soy yo, básicamente, y Jan es mi ex. Lo que Claire vive y sufre engañándose a sí misma lo viví y sufrí yo durante los seis meses que vivimos juntos. Sean es inventado, Claire encuentra un hombre que le devuelve la fe en sí misma. Escribir esta novela me ayudó a superar mi propio trauma sentimental. Es la primera que he escrito, como te comenté en mi *mail* de presentación. Soy una escritora novel a la que no conocen ni

en su casa, no puedo aportar reseñas ni comentarios de ningún bloguero, no digamos ya de críticos literarios.

Elena sonrió. Hizo un gesto quitando importancia a las palabras de Petu.

—Eso es lo de menos. Incluso los mejores y más leídos escritores tuvieron una primera novela. Editorial Jardín es muy estricta con los manuscritos que recibimos. Te voy a ser sincera, rechazamos más de la mitad, por diferentes causas. Hoy en día cualquiera se cae de la cama y piensa que ya es un escritor. Pero tu novela me ha conmovido y estoy dispuesta a publicarla con todas las condiciones que te dije. Te haremos un contrato y si estás de acuerdo con todas las cláusulas, solo tendrás que firmarlo y empezaremos a trabajar.

—¿Así de fácil? —A Petu se le llenaron los ojos de lágrimas de emoción.

—Todo el mérito es tuyo. Solo dos cosas: un corrector se hará cargo de tu manuscrito antes de llevarlo a imprenta y lo pulirá un poco. No tocará nada, solo subsanará los errores que encuentre y te hará sugerencias respecto al estilo. ¿Te parece bien?

—Sí, desde luego. ¿Y la segunda cosa?

—La segunda cosa, y discúlpame, es tu nombre. No puedes firmar con tu nombre real, sería un desastre. —Petu enrojeció. Se llamaba Perpetua, como su abuela paterna. Aunque su nombre siempre le había parecido un mal chiste, se había acostumbrado a que la llamaran Petu—. Ninguno de nosotros es culpable del nombre que lleva, pero una escritora romántica no puede llamarse Perpetua, aunque abogue por el amor perpetuo. Hay que buscar una alternativa. Y esto, querida, no es negociable. Si te niegas no podré publicarte, con gran dolor de mi corazón.

Petu suspiró. ¡Qué demonios! Nadie le había preguntado cómo quería llamarse. Tenía derecho a elegir un nombre que la catapultara a la fama.

—Lo entiendo. No tengo ningún apego especial a mi nombre. Lo que no sé es cómo ponerme.

—No hay prisa, tómate tu tiempo para pensarlo.

Pero Petu sí tenía prisa, llegado a aquel punto.

—No tiene traducción al inglés, que yo sepa. Se me ocurre Erin. ¿Qué te parece?

—Mejor que Perpetua —rio Elena—. ¿Te gusta Erin? Pues ahora solo falta un apellido acorde.

—Gardner —dijo Petu sin titubear—. Como la gran Ava.